



LAS ASOMBROSAS MEMORIAS DE

Jaime Mercader

• La piedra
inca
CÉSAR MALLORQUÍ

edebé

*Este libro está dedicado a Reina Duarte;
por numerosos motivos, pero en particular porque
sin su entusiasmo, paciencia y colaboración,
probablemente La piedra inca jamás hubiese existido.
Y también por todas las veces que me llamó por teléfono
durante la redacción del texto para saludarme y,
«de paso», preguntarme qué tal iba la novela.
Sin esas llamadas, La piedra inca sí hubiese
existido, pero mucho más tarde.*

ÍNDICE

Capítulo uno	9
Capítulo dos	31
Capítulo tres	53
Capítulo cuatro	77
Capítulo cinco	113
Capítulo seis	137
Capítulo siete	185
Capítulo ocho	215
Capítulo nueve	255
Capítulo diez	301
Capítulo once	337
Capítulo doce	373
Nota del autor.	391

CAPÍTULO UNO

*Donde se habla de mí y de mi historia, así
como del extraño, insólito y, en última
instancia, imprudente negocio de mi padre*

Esta vez no tuve yo la culpa; podría jurarlo por mi honor, si tuviera algún honor por el que jurar, cosa que, lamentablemente, no sucede.

Rasul solía decir —cuando se dignaba a hablar, lo que no ocurría con excesiva frecuencia— que soy para los problemas lo que la miel para las moscas, que siempre me estoy metiendo en líos, que todo lo que hago concluye invariablemente en desastre. Y, quién sabe, puede que tuviese algo de razón; poseo un espíritu emprendedor y un ánimo resuelto, cualidades éstas que en más de una ocasión me han conducido a situaciones comprometidas, cuando no abiertamente peligrosas. También es cierto que no pocas veces me he comportado de forma irreflexiva, guiado más por mis impulsos que por el justo dictado de la razón. Sin embargo, en aquella ocasión no fui yo el culpable de la catástrofe, sino una mera víctima inocente arrastrada por el vendaval del destino.

Además, si nos empeñáramos en buscar culpables, bien podríamos señalar como tal a mi padre, pues fue él quien des-

pertó a los demonios de una secta antiquísima por culpa de su engañoso negocio; aunque sería injusto responsabilizarle de ello, pues todo lo que pretendía era ganarse honradamente unos dólares mediante el contrabando. Y ya puestos a culpabilizar a alguien, ¿por qué no hacerlo con Rasul Alí Akbar? A fin de cuentas, si no se hubiera empeñado en comprar una granja, jamás se habría embarcado en aquella aventura. Pero quería una granja —algo del todo impropio en un descendiente de nómadas, si quieren mi opinión—, y cuando a Rasul se le metía algo en la cabeza resultaba del todo imposible hacerle cambiar de idea.

No obstante, siendo ecuánime, tampoco ellos tuvieron la culpa, pues nadie podría imaginar siquiera que una vieja piedra grabada con el relieve de dos hombres montados sobre un caballo pudiera suponer un peligro mortal. Tampoco podía prever nadie que de pronto, como surgidos del infierno, comenzarían a aparecer misteriosos asesinos tatuados con una extraña marca. Por otro lado, nunca hasta entonces habíamos oído hablar de Bosán; ni siquiera sabíamos qué significaba. Y, para serles sincero, si hubiésemos sabido qué demonios era Bosán, jamás habríamos partido en su búsqueda.

Entonces, ¿quién tuvo la culpa? El destino, amigos míos, la única fuerza de la naturaleza que parece disfrutar burlándose de los seres humanos. El destino y, por supuesto, los von Reich, esos locos insensatos, por no hablar, claro, de Oskar Kepler. Aunque, si vamos a ello, el auténtico culpable de todo fue el rey Felipe IV de Francia, que en el año 1307 decidió saldar sus deudas recurriendo a procedimientos que sólo cabe tildar de mafiosos.

Pero ésa es otra historia y una vez más me estoy adelantando a los acontecimientos. Como solía decir mi padre, «los buenos modales abren todas las puertas, incluso las de las cajas de caudales», y lo primero que debe hacer un caballero que se precie de serlo es presentarse.

Me llamo Jaime Mercader, aunque muchos me conocen como *Little Jim* o, traducido al cristiano, *Pequeño Jim*, apodo éste que habría de granjearme en un lugar muy lejano a mi patria. Nací el veintiuno de junio de 1887 en Aranjuez, un

pueblo cercano a Madrid, famoso, entre otras cosas, por su palacio real y por los fresones. Mi nacimiento no fue un suceso premeditado, sino algo más parecido a un accidente; no puede decirse, por tanto, que yo fuera un hijo deseado, circunstancia ésta que quedó patente cuando mi madre, Dolores Espina, nos abandonó a mi padre y a mí once meses después de mi llegada al mundo.

De modo que quedé a cargo de mi progenitor, Fernando Mercader, con quien un año más tarde habría de trasladarme a Madrid para que él pudiera ejercer su oficio. Y aquí, me temo, entramos en un terreno pantanoso, pues supongo que debo aclarar ahora en qué consistía dicho oficio. Mi padre era, por no andarme con rodeos, un delincuente. No, no estoy hablando de un asesino o un criminal, ni mucho menos; mi padre era incapaz de matar a una mosca. Fernando Mercader era un estafador, un pícaro, un embaucador, un farsante, un tramposo y un timador, y esto sólo es una muestra de los muchos adjetivos similares que podría emplear para definirle sin faltar a la verdad.

Pero sobre todo mi padre era un jugador. Recuerdo que solía decir: «Los naipes se asemejan a la vida, hijo mío; sólo si eres tú quien reparte las cartas, tienes ciertas garantías de controlar la situación». En efecto, para él la existencia sólo cobraba sentido cuando se circunscribía a las cuatro esquinas de un tapete verde, pues era en ese terreno donde contaba con todas las ventajas. Mi padre era un maestro del juego; dominaba el *black jack*, el *chemin de fer*, el monte, el rami, el tute y el mus, la belote, el *whist* o el *ecarté*. Era un experto en todos los juegos de cartas, desde el sofisticado *bridge* hasta el humilde *giley*, pero sin duda su preferido era el póquer.

«El póquer no es un juego», decía, «sino una escuela de carácter». Y, dado que lo consideraba una escuela, no tardó en hacerme ingresar en ella. Estoy convencido de que todos mis lectores, cuando eran pequeños, fueron obsequiados con golosinas por sus padres. El narrador de esta historia también, pero con una diferencia: no me las regalaban; debía ganármelas. Desde que yo apenas contaba siete años, mi padre me sentaba frente a él y repartía cuarenta caramelos, veinte para cada uno;

NOTA DEL AUTOR

La idea central de *La piedra inca* —que los templarios descubrieron América antes que Colón— no es sólo una especulación literaria, sino también una teoría que algunos imaginativos autores —entre ellos el francés Jacques de Mahieu— proponen como explicación de ciertos enigmas históricos. Por ejemplo, el origen de la fortuna del Temple —según ellos, sería la plata y el oro de América— o las leyendas de los dioses blancos y barbados Quetzalcóatl (azteca), Kukulcán (maya) y Viracocha (inca). Una teoría fascinante, sin duda, pero que por desgracia no cuenta con ninguna prueba sólida a su favor. Jamás se ha encontrado rastro de presencia europea en América anterior a 1492, la fortuna del Temple puede explicarse sin necesidad de recurrir a viajes transoceánicos y el mito de Quetzalcóatl es similar a muchos otros que reflejan la aparición, en un pasado legendario, de seres sobrenaturales. No obstante, existe en Escocia una vieja leyenda familiar que, si bien tampoco prueba nada, resulta muy sugerente.

La caída de la orden del Temple se produjo, más o menos, como se narra en la novela, pero no todos los templarios fueron perseguidos y encarcelados. En Portugal, por ejemplo, el Temple se transformó en la orden de los Caballeros de Cristo, mientras que en España los templarios pasaron a formar parte de las órdenes de Montesa y Calatrava. En cuanto a las Islas Británicas, según una antigua tradición, un grupo de templarios se refugió en las posesiones escocesas de la familia Saint Clair. Al parecer, llevaban consigo gran parte de los secretos y tesoros del Temple, entre los que supuestamente se encontraba, sí, el Santo Grial. Y dicen que, precisamente para guardar el Grial, los Saint Clair construyeron cerca de Edimburgo una pequeña iglesia —la capilla Rosslyn— en cuyo interior estaría oculta la copa sagrada. La capilla Rosslyn, que todavía existe y es muy visitada por los aficionados al misterio, está plagada de símbolos esotéricos y algunos estudiosos la relacionan con el nacimiento de la masonería.

Pero eso es otra historia, porque lo que la leyenda familiar de los Saint Clair asegura es que en 1338, basándose en los secretos revelados por los templarios, el conde Henry Saint Clair partió con doce naves y trescientos colonos rumbo a América. Los expedicionarios llegaron a lo que hoy conocemos por las costas de Massachussets y ahí permanecieron hasta la primavera de 1339, momento en que regresaron a Europa.

Por desgracia, tampoco se han encontrado pruebas de la hipotética expedición Saint Clair. Pero eso, claro, no significa que Colón fuera el primer europeo en llegar a América. Los vikingos, como se afirma en la novela, visitaron mucho antes el norte del continente, y se especula que otros navegantes —como los hermanos Zeno o el obispo Gñupson— pudieron realizar algún que otro *tour* transoceánico previo al siglo XV. No obstante, lo incuestionable es que la exploración de América como empresa sistemática comenzó con el primer viaje de Colón y en eso no tuvo nada que ver el Temple.

Sin embargo, hay un par de hechos que mueven a la reflexión. En primer lugar, que en la decoración de la capilla Rosslyn aparecen talladas varias mazorcas de maíz; pero el maíz es una planta americana y la capilla Rosslyn se construyó

en 1446, es decir, casi medio siglo antes del descubrimiento. El segundo hecho tiene que ver con Colón: la Pinta, la Niña y la Santa María llevaban en las velas una cruz; en concreto, una cruz de gules paté..., es decir, la cruz del Temple.

En cuanto a la leyenda del carro de heno, es auténtica; quiero decir que es auténtica como leyenda, porque una vez más no hay pruebas de que nadie lograra escapar del Temple de París durante la madrugada del trece de octubre de 1307. Con respecto al *Secretum Templi*, de nuevo no existen evidencias de que hubiera una sociedad secreta oculta en el interior de la orden (ni la que se propone en *La piedra inca*, ni, si vamos a eso, el famoso *Priorato de Sión*). No obstante, existe en los Archivos Nacionales de Francia un documento templario donde figura un sello con la inscripción «*Secretum Templi*» rodeando la figura de algo que parece un indígena con un arco. Según Mahieu, se trata de un aborígen amerindio, pero lo cierto es que puede ser cualquier cosa.

En resumen, es muy poco probable que los templarios descubrieran América; sin embargo, es casi seguro que alguien la descubrió antes que Colón. Resulta evidente, como los expertos ya sabían en su época, que Colón cometió numerosos errores a la hora de calcular la distancia que separa Europa de las Indias Orientales por el oeste (en realidad es el doble de lo que él afirmaba); no obstante, sabía con absoluta precisión que a 750 leguas de la isla de El Hierro había tierra firme (Antillas, Haití y Cuba) y, lo que es aún más insólito, conocía perfectamente las rutas marinas necesarias para utilizar los vientos alisios a la ida, así como los contralisios y la Corriente del Golfo para la vuelta. Y eso sólo podía saberlo si alguien se lo había contado previamente.

Por tanto, es muy posible que hubiera un predescubrimiento. Algunos autores afirman que Colón tuvo noticias de la existencia de tierras transatlánticas a través de los documentos de su suegro, don Diego Perestrello, insigne marino descubridor de Madeira. Otros, entre ellos Las Casas en 1527, hablan de un piloto desconocido (Garcilaso de la Vega aseguraba que su nombre era Alonso Sánchez de Huelva) cuyo barco fue arrasado por una tormenta hasta las costas de América y que lue-

go, a la vuelta, naufragó y fue recogido en casa de los Colón, donde murió poco después, no sin antes revelarle al futuro almirante «los rumbos y los caminos que había traído y llevado». Por otra parte, el investigador Gavin Menzies propone la teoría de que cuatro grandes flotas chinas circunvalaron el globo terráqueo, pasando por el Estrecho de Magallanes (al que llamaron *La Cola del Dragón*), entre marzo de 1421 y octubre de 1423. Según Menzies, es posible que Colón conociera los mapas del Nuevo Mundo elaborados por los cartógrafos chinos a través de Juan de la Cosa y de Toscanelli. Y también, claro, hay quien sostiene que Colón encontró el rastro de América en los archivos de la orden de los Caballeros de Cristo de Portugal, que, como hemos visto, descendía directamente del Temple.

En realidad, no lo sabemos. Alguien llegó a América antes que Colón, pero ignoramos quién, cómo y cuándo. Sin embargo, lo bueno de los misterios es que nos permiten soñar. Probablemente, los templarios jamás llegaron a América, pero nada nos impide fantasear que sí lo hicieron.



CÉSAR MALLORQUÍ

César Mallorquí nació en Barcelona, en 1953, aunque al año siguiente su familia se trasladó a Madrid. Dada la profesión de su padre, José Mallorquí, el creador de El Coyote, su afición por la literatura germinó ya en la infancia y muy pronto publicó su primer relato en una revista. Posteriormente estudió periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y trabajó en *La Codorniz* y en la cadena SER. De 1981 a 1991 se dedicó a la publicidad como creativo de varias agencias, pero sustituyó esta profesión por su verdadera vocación, la literatura, para dedicarse a ella plenamente. Desde entonces no ha dejado de publicar sus obras, con las que además ha obtenido diversos galardones. Entre otras, citaremos: *La pared de hielo* (Premio Alberto Magno 1992), *El coleccionista de sellos* (Premio UPC 1995), *La casa del Doctor Péta-lo* (Premio Gigamesh 1996), *El círculo de Jericó*, *El último trabajo del Señor Luna* (Premio EDEBÉ 1996), *El maestro oscuro*, *La catedral* (Premio Gran Angular 2001), *La cruz de El Dorado* (Premio EDEBÉ 1999), *Las Lágrimas de Shiva* (Premio EDEBÉ 2002), etc.